
Laura Guillén

CRISIS PETROLERA
y soberanía nacional

Aval de la consecución de préstamos en el exterior, asumido por el gobierno de José López Portillo como “el pivote del desarrollo integral del país”, el petróleo ha sido, en los últimos doce años, la carta jugada para conjurar la crisis económica prevaleciente en la nación.

País exportador de hidrocarburos desde 1974, México vio en éstos una salida a los problemas económicos que, expresados en un creciente desempleo, un continuo deterioro del poder adquisitivo de los sectores asalariados y una permanente inflación, amenazaban con transformar la crisis económica en una crisis de carácter político.

Sobreestimado desde el principio en cuanto a las posibilidades reales de redituabilidad en su explotación y exportación, el petróleo fue contemplado por el régimen de López Portillo como el último recurso capaz de hacernos superar, en un plazo razonable, los problemas que desde siempre han sido obstáculo para que México alcance un índice de crecimiento económico tendiente a satisfacer las necesidades básicas de su población.

En 1976, año en que se inicia la administración lopezportillista, el peso acababa de ser devaluado a la mitad de su valor, la inflación presentaba un índice de crecimiento sostenido a tal grado que entre ese año y el siguiente creció en un 256.7 por ciento¹ y alrededor de cuatro mil 500 millones de dólares habían sido llevados al extranjero.² Casi

¹ Elvira Concheiro *et al*, *El poder de la burguesía*. México, Ediciones de Cultura Popular, 1979, p. 45.

² Manuel Buendía, *Los petroleros*. México, Ed. Océano, 1985, p. 109.

en bancarrota y en medio de persistentes rumores acerca de un inminente golpe de Estado, México parecía, según los observadores, estar al filo del colapso. “Sólo el petróleo, sentenció López Portillo, podría sacar al país de tal desequilibrio”.

Considerado como garantía de la felicidad nacional, el petróleo fue para la administración pasada, sobre todo entre 1979 y 1981, el punto de apoyo para, conforme a afirmaciones del entonces director de Pemex, Jorge Díaz Serrano, “iniciar el gran salto y dejar atrás el subdesarrollo y la improvisación”.

Puestos en un mismo tenor declarativo, tanto el jefe de gobierno como el administrador de Pemex no cesaron jamás de señalar las bondades de los hidrocarburos. En tanto el primero aseveraba que los países del mundo podían ser divididos sólo en dos tipos: “los que tienen petróleo y los que no lo tienen”, Díaz Serrano “descubría” —en 1976, y no obstante contradecir las opiniones de los técnicos de Pemex— que las reservas petroleras detectadas en enormes yacimientos susceptibles de inmediata explotación no eran, como se creía, de seis mil millones de barriles, sino de once mil millones por lo menos.³ El 22 de diciembre de ese mismo año el nuevo jefe del Ejecutivo anunciaba reservas de 16 mil millones de barriles, las que unos meses después subirían a 21 mil millones.⁴

México iniciaba así un camino totalmente diferente al entrevisto tras el derrumbe económico dejado por el sexenio de Luis Echeverría.

En marzo de 1978, durante el XL aniversario de la expropiación petrolera, Díaz Serrano esbozaba un próspero panorama:

en el mundo, la mayoría de los países que conocen los problemas del petróleo consideran que una relación de reservas probadas a producción de 14 a 15 años, otorga seguridad al país que las posee, siempre y cuando éste produzca más de lo que consume y que la relación de reservas probadas a producción, no tenga signos de disminución; este es el caso de México, excepto que no tenemos en este momento 15, sino 30 años de relación de reservas de producción. Y añadía: la producción de dos millones y cuarto de barriles por día podrá obtenerse, no en 1982 como se había planeado, sino en el transcurso de 1980, lo que significa para el país un ingreso anticipado, que le permitirá una situación desahogada para su desarrollo.⁵

³ Ver cuadro 1.

⁴ Elías Chávez, “Por cuatro años consecutivos, Díaz Serrano dibujó un México rico, y sin deudas”. En *Proceso*, No. 333, México, marzo 1983.

⁵ Elías Chávez, *Idem*.

Hacia 1979, en plena apoteosis del triunfalismo, Díaz Serrano colocaba al país en el sexto lugar de la clasificación internacional, con reservas por 40 mil millones de barriles, producción sólo superada por la URSS, Arabia Saudita, Irán, Kuwait y Estados Unidos. Tras refutar la negación de los especialistas de que México pudiera exhibir reservas probadas que lo ubicaran en el sitio antes mencionado, dos meses más tarde, el director de Pemex decía a uno de los columnistas más importantes del país:

los norteamericanos piensan que tenemos 60 mil millones de reservas y tienen razón. Al terminar el régimen de López Portillo, éste habrá colocado a México, si no como el principal país petrolero por reservas, quizá como uno de los primeros.⁶

De acuerdo con estos cálculos, a mediados de los ochenta, México debía perfilarse hacia un prominente tercer lugar, precedido sólo por la URSS y Arabia Saudita.

Al año siguiente, el optimismo desbordaba los límites, a tal grado que Díaz Serrano advirtió sobre la necesidad de “habituarnos a administrar la abundancia”. En Guadalajara, al rendir su informe anual, el declarante afirmó que los hidrocarburos eran ya garantía para “el crecimiento y desarrollo social de México en el presente y en el futuro”.

No obstante difundir la imagen de un país en jauja, el funcionario prevenía:

sabemos que la abundancia no resuelve los problemas, sino que, inclusive, plantea algunos nuevos y muy arduos. El primero de ellos es el de su propia administración. Tenemos que habituarnos a administrar la abundancia, lograr la serenidad y la lucidez indispensables para manejar los hechos que la riqueza petrolera trae consigo.⁷

Sobre el entendido de que con petróleo podía pagarse cualquier cosa, Díaz Serrano cifró las esperanzas de los mexicanos en este producto llegando, incluso, a proponer que con lo recabado mediante su exportación se pagara la deuda externa que si en 1974 era de doce mil 800 millones de dólares, para marzo de 1986 alcanzaba casi los cien mil millones de dólares.

Sumados a la política energética local, algunos factores externos habrían de echar por tierra aquellos augurios que dieron pie al *boom* pe-

⁶ Manuel Buendía. *Ibid*, pp. 92-94.

⁷ Elías Chávez. *Idem*.

trolero observado a principios de los ochenta. Para empezar, cosa que pareció no tomarse en cuenta, el petróleo es un recurso no renovable, supeditado a las leyes de la oferta y la demanda, cuya compra tiende a bajar cuando los países industrializados, por norma, deciden racionalizar y reducir el consumo de este producto. La balanza de pagos de un país productor también se ve afectada cuando, por ejemplo, existe una sobreoferta de crudo en el mercado que al tiempo que abarata el precio del petróleo incita al comprador a reconsiderar al país proveedor.

Además de la efectiva disminución en el consumo de crudo, determinada en esencia por parte de las naciones industrializadas afectadas por una etapa de recesión económica, otros factores que han incidido en las relaciones entre compradores y oferentes de petróleo son: la diversificación geográfica de los abastecedores petroleros; el que los países desarrollados hayan podido allegarse reservas estratégicas para soportar un bloqueo con duración hasta por cuatro meses; el que las más poderosas compañías petroleras y los gobiernos de los países industrializados (en particular Estados Unidos y Gran Bretaña) estén de común acuerdo para continuar disminuyendo la renta que se apropian de los países productores.⁸

Lejos de destinar las ganancias petroleras a fortalecer las actividades que permitieran a México despetrolizar su economía,⁹ el gobierno hizo cada vez más dependiente al país de sus exportaciones de hidrocarburos. El crecimiento en el porcentaje de las exportaciones petroleras en relación con el total de exportaciones muestra que del 13 por ciento en 1976 aumentó al 42.5 por ciento en 1979; al 67.2 por ciento en 1980 y al 70.0 por ciento en 1981, lo que originó una cada vez mayor supeditación de la economía respecto del hidrocarburo.¹⁰ Se calcula que para 1982 la venta de petróleo al extranjero alcanzó un 80 por ciento.¹¹ La constante dependencia de la economía mexicana a la exportación del crudo fue, en sí, un fenómeno oneroso gestado en el supuesto de la existencia de una demanda ilimitada en el mercado mundial. La contracción en las solicitudes de abastecimiento, así como la baja en el

⁸ Francisco Colmenares. "Hacia un nuevo shock petrolero". En *La Jornada*, México, 19 de marzo de 1986, pp. 1 y 8.

⁹ Un número considerable de autores hacen referencia a una economía petrolizada cuando desean caracterizar, sin mayores ambiciones de profundidad, una situación en la cual el crecimiento del producto interno bruto tiene su principal soporte en la producción y exportación del petróleo. Sobre el particular ver cuadro 2.

¹⁰ Luis Angeles. "La política petrolera en México. 1976-1982". En *Cuadernos Políticos* No. 32, México, abril-junio de 1982.

¹¹ Luis Angeles. "El futuro empieza hoy. 1976-1982. Tiempo y ritmo de la crisis". En *UnomásUno*, 10. de diciembre de 1982.

precio del crudo evidenciarían más tarde que la bonanza petrolera era sólo un respiro en medio de la crisis.

La adversidad de un mercado de coyuntura

A principio de los ochenta, con el petróleo a más de 30 dólares y perfilándose el alza —en marzo de 1981 el barril se cotizaba a 36.50 dólares—, México parecía tener asegurada su salvación. Centrado en el *boom* petrolero, el auge económico de 1978-1981 fue desenvolviéndose de modo excepcionalmente favorable: a medida que aumentaban los precios del petróleo aumentaban, también, los ingresos por la exportación de éste. Para marzo de 1983, empero, el precio del crudo bajó a 26.00 dólares, en una caída vertiginosa que tres años más tarde (marzo de 1986) vendría a situarlo en los 15.07 dólares.

De marzo de 1981 a marzo de 1983 no se creyó mucho en el desplome del mercado. Es más, el derrumbe de junio de 1981 fue considerado como producto de una “decisión precipitada”. Pero si las bajas observadas entre 1981 y 1982 pudieron atenuarse, la del año siguiente hizo caer su precio hasta en un 50 por ciento el valor de cada barril: la mitad en la disminución nominal de los precios y la otra mitad por la inflación internacional.

Mientras las autoridades mexicanas no han cesado nunca de repetir que el mercado adverso es coyuntural, de circunstancia, la caída en los precios del petróleo provocó que en 1983 —de acuerdo a estadísticas de la Secretaría de Hacienda y del Banco de México— dejaran de ingresar al país 1,375 millones de dólares. Esta disminución, como es lógico, obligó al gobierno a tomar esta cantidad de los recursos destinados a los planes internos, para canalizarla al pago del servicio de la deuda. Por otra parte, 1981 y 1982 son, los años en que México se convierte en uno de los primeros importadores mundiales de capital. Capital que, por lo demás, sobrevino en cuantiosa afluencia, atraído por las espectaculares ganancias dejadas por los hidrocarburos.¹² El auge petrolero fue, así, acompañado del más grande crecimiento de la deuda externa. En referencia a esta situación, cifras consignadas por el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM y por el Banco de México indicaron que mientras el monto de los empréstitos contratados con el exterior fue, durante el sexenio de Echeverría, de 16 528.3 millones de dólares, en el periodo lopezportillista ascendió a 57 778.0 millones de dólares. La

¹² Miguel A. Rivera. “Economía mexicana. Devaluación y crisis”. En *Teoría y política*, México, 1982.

reducción en los ingresos petroleros conllevaba, por necesidad, repercusiones de orden social cuyo impacto olvidaba mencionarse en las declaraciones oficiales. Sin divisas, el estancamiento del país se profundiza, afectando empleos, salarios y, en general, el nivel de vida de los sectores mayoritarios. Con petróleo, pero sin saber administrarlo, estábamos, pues, “como quien de pronto se saca diez millones de pesos en la lotería: a ratos piensa que es el ser más dichoso del universo, y luego le asalta el temor de haber caído en una trampa del destino”.¹³

Cálculos alegres, petróleo barato

En junio de 1981, tras un verdadero frenesí de exploración, explotación y comercio sin precedentes no sólo en el país, sino en el mundo entero y luego de que entre 1976 y 1980 la producción petrolera se incrementara en un 217 por ciento,¹⁴ la política energética cayó en semejante distorsión, de tal suerte que el director de Pemex propuso aumentar la producción y exportación de hidrocarburos, como compensación a la baja en el ingreso de divisas.

Además de tal sugerencia, en esa misma fecha, el funcionario determinó, al parecer sin consultar a autoridad alguna, disminuir en cuatro dólares el precio del barril de petróleo a las compañías compradoras estadounidenses. Siendo de por sí uno de los crudos más baratos del mundo, la rebaja de cuatro dólares ubicó a nuestro petróleo en uno de los últimos escalones de los precios internacionales. La decisión posterior adoptada por Gran Bretaña, de reducir en cinco dólares el precio de su crudo de exportación, así como el otorgamiento de descuentos por parte de otros productores como Libia y Nigeria aislaron a México en su intento por revalorar el precio del hidrocarburo. En este sentido, el aumento decretado el primero de julio de 1981, de dos dólares, significó la caída en un 50 por ciento de las exportaciones petroleras: cerca de 700 mil barriles diarios. Sólo fue posible recuperar el mercado cuatro o cinco meses después a costa de constantes negociaciones y la concesión de sustanciales descuentos a los compradores.¹⁵

Costeable para los compradores, el petróleo que exportamos lo vendemos perdiendo. A diferencia de Kuwait, Qatar y Los Emiratos Arabes, donde los costos de producción no rebasan los cuatro dólares, a México, en marzo de 1986, la extracción de cada barril le costaba 18 dólares

¹³ Manuel Buendía. *Op. Cit.*

¹⁴ Ver cuadro 3.

¹⁵ Miguel A. Rivera. *Op. Cit.*

y los compradores pagaban por él menos de 15,¹⁶ hecho que implica un subsidio al exterior de, por lo menos, tres dólares y delineo, también, una política entreguista asumida en este rubro desde hace años.

Para esa misma fecha, el país había dejado de obtener, según declaraciones del presidente Miguel de la Madrid, seis mil millones de dólares por concepto de exportación de hidrocarburos; esto es, la mitad de los ingresos que se esperaba recibir por venta del energético y la tercera parte del total de divisas procedentes del extranjero.

Flexibilidad y desajustes

En marzo de 1980 el presidente López Portillo establece la plataforma petrolera a mantenerse durante su sexenio: 2.5 millones de barriles diarios, más un diez por ciento como margen de flexibilidad hasta 1982.

Como se presentaban las perspectivas, el excedente petrolero debería reeditar, entre 1980 y 1982, 931,600 millones de pesos. Estipulado en el Programa Nacional de Energía, el límite de extracción era de dos millones 750 mil barriles diarios; para octubre de 1980,¹⁷ México producía dos millones 300 mil barriles, de los cuales, según José Andrés de Oteyza, secretario de Patrimonio y Fomento Industrial, se exportaban, en números redondos, un millón.¹⁸

A cinco años de distancia, con una reserva petrolera que oscila entre los 71 y 72 mil millones de barriles comprobados y una producción diaria del orden de los 2.7 millones de barriles, el país dedica 1.5 millones a la exportación.

Las cifras que en teoría cuadraban a la perfección, empezaron a desajustarse durante el primer semestre de 1985. Para ese entonces México, habiendo perdido casi la mitad de sus compradores, vendió sólo un promedio de un millón 340 mil barriles diarios, lo que representó alrededor de 160 mil barriles menos con respecto a su plataforma de exportación fijada en 1.1 millones, aunque, la cartera, se dice, se normalizó en julio de ese mismo año.

Así como había sucedido el año anterior,¹⁹ en los primeros meses de

¹⁶ Ver Heberto Castillo. "Cierre de válvulas y suspensión de pagos". En *Proceso* No. 487, marzo, 1986, pp. 34-35.

¹⁷ El desfase que se da entre las cifras oficiales y las manejadas por el Departamento de Estado norteamericano puede ser indicativo de como, al interior, los gobernantes mexicanos habían adulterado las cantidades.

¹⁸ Manuel Buendía. *Op. Cit.*

¹⁹ En esta situación deben tomarse en cuenta las medidas decretadas en diciembre de 1985 por Arabia Saudita, país que desde el interior de la OPEP viene funcionando como regulador de los precios hacia la baja.

1986 varios de los clientes presionaron al país dejando de comprar crudo, hasta que México se vio obligado a bajar los precios de sus dos tipos de petróleo: istmo y maya.²⁰ A fines de enero de 1986, entonces, el gobierno de De la Madrid redujo drásticamente, en un promedio de cuatro dólares, el precio de su petróleo de exportación para evitar así perder a sus compradores. Al 14 de febrero, la exportación era de 450 mil barriles. Tres días después subió a 750 mil y al iniciarse marzo se estimaba en 1.1 millones; esto es, 400 mil barriles menos de lo previsto.²¹

Supeditado a un juego mercantil internacional, en el que una sobreoferta excepcional de crudos puede hacer crujir los precios de los mismos, *México —según miembros del Gabinete económico—, por cada dólar que disminuye en el precio de su petróleo, deja de percibir cerca de 550 millones de dólares en sus ingresos anuales.* Para 1986 los especialistas oficiales estiman cifras de entre dos mil 500 y casi cuatro mil millones de dólares en la disminución de las captaciones de divisas petroleras.

Si se considera que en el mercado petrolero los ajustes habidos en las últimas fechas tienden a situar el precio del barril en los diez dólares —mientras que con apuros Pemex los sostiene en un promedio de 15.07 dólares— las divisas que entran al país por este concepto habrán de reducirse aún más, lo que hace urgente un cambio de política en este apartado.

Puesto, casi, en calidad de oferta

A diferencia de las reservas noruegas y británicas que, se piensa, difícilmente durarán más allá de los 15 años,²² las reservas previsibles actuales de México son suficientes para satisfacer —por un periodo de 78 años— la demanda interna y el monto de las exportaciones hasta ahora asignadas.

Si esto es así, lo que procede, entonces, además de actualizar la tec-

²⁰ Desde 1982 la venta del maya estuvo sujeta a la disponibilidad del istmo. Esto es así porque el primero es un crudo pesado que contiene azufre y metales en una proporción tal que incluso en los países de alto consumo no existen refinerías capaces de transformarlo. No obstante ser barato —el precio de este tipo de petróleo ha tendido casi siempre a la baja— es difícil encontrar clientes para este “champurrado”, a menos que se les entregue con una mezcla, a partes iguales, de petróleo ligero, llamado istmo. Citado por Manuel Buendía. *Op. Cit.*

²¹ Ver Fernando Ortega Pizarro. “El miedo paraliza a Pemex y compromete su futuro y el del país”. En *Proceso*, No. 487, México, marzo de 1986, p. 24.

²² Víctor Avilés. “No hay lugar para el optimismo. La guerra fría del mercado petrolero internacional”. en *La Jornada*, México, 10 de febrero de 1986, pp. 15-16.

nología y la estructura de costos, es definir aquellas medidas que nos permitan, a un tiempo, negociar la moratoria de una deuda externa que hoy parece poner al país en calidad de oferta y, también, ir saneando una economía que por lo menos desde 1982, además de tener suspendidas las exportaciones no petroleras, se mueve y reactiva con base en nuestra potencial riqueza energética.

A partir del petróleo, pero no nada más de éste, México debe revisar y modificar su posición internacional si no desea seguir el camino recorrido por otras naciones que, como el Irán de finales de los setenta o, más recientemente Arabia Saudita, son prueba irrefutable para saber lo que acontece a un pueblo cuando comete el error de convertirse en monoexportador, en el doble sentido del término: exportar un sólo producto y —casi o en sustanciales porcentajes— a un sólo país. Vender enormes cantidades de petróleo a Estados Unidos significó para el Irán del Sha no volver a decidir por sí mismo sus propios asuntos políticos.

Dada la circunstancia geopolítica correspondiente a México, éste reviste una importancia capital como productor de crudo en íntima vecindad con el país más poderoso y, a su vez, más voraz consumidor de energéticos. En enero de 1981, por ejemplo, este país consumió 18 millones 690 mil barriles de petróleo por día. Durante ese mismo periodo, Gran Bretaña registró un consumo de un millón 400 mil barriles de petróleo por día y Japón un promedio de cuatro millones 980 mil barriles, lo que da una idea del dispendio norteamericano.²³

Ciertamente, refiere Jesús Puente Leyva, uno de los mexicanos más enterados en la problemática del petróleo, el nuestro es un país que proyecta las más prometedoras, seguras y accesibles oportunidades de abastecimiento para su vecino del norte.

A mediados de los ochenta, los especialistas estadounidenses consideraban a México, potencialmente, como el principal proveedor petrolero de su nación. Para 1982, la elevada participación del hidrocarburo mexicano en las importaciones estadounidenses colocaba a nuestro país como el primer abastecedor de las reservas estratégicas de aquella nación, seguido por Inglaterra, Canadá y Venezuela. En la actualidad, México envía a Estados Unidos el 50 por ciento (750 mil barriles diarios) de la producción destinada a exportarse.

De haberse administrado cabalmente, de haberse asumido como el factor que proporcionaba mayor margen de maniobra en el extranjero, el petróleo pudo haber sido la fuente de abastecimiento que apoyase otras actividades económicas. Lejos de esto, la economía mexicana, cada vez más vulnerable, fue volviéndose cada vez más dependiente del hidro-

²³ Luis Angeles. "La política petrolera. . ." *Op. Cit.*, p. 55.

carburo para allegarse divisas del exterior, además de obligar al Estado a sobreendeudarse en condiciones cada vez más difíciles.

En 1985 las exportaciones petroleras alcanzaron un valor de 13 mil 300 millones de dólares, lo que significó cerca de 1.4 millones de barriles diarios a un precio promedio de 25.7 dólares por barril. Estas, son cifras inferiores a las de 1984, cuando se exportó cerca de un millón 400 mil barriles diarios a un precio de 26.8 dólares.

En 1985 el petróleo representó el 61.0 por ciento de las exportaciones de mercancías. Las ventas de petróleo en el mercado internacional representaron un 77.4 por ciento de los ingresos percibidos por el país, mismos que se utilizaron para pagar los intereses de la deuda externa.

Suponiendo que el volumen de petróleo exportado sea similar en 1986 al de 1985 y que el precio por barril descienda de 25.7 a 16 dólares (estimación, por lo demás, moderada), la reducción en los ingresos de exportación serían de cinco mil millones de dólares. La cifra a que se recurre resulta inferior a la empleada en las declaraciones oficiales, según las cuales la exportación de petróleo podría ser de aproximadamente 1.5 millones de barriles diarios.

Como tal cifra no se ha alcanzado en ninguno de los años recientes, parece más realista inferir que tampoco se logrará en 1986.²⁴

Atrapado en la contradicción petróleo-deuda, el gobierno tiene ante sí el que es quizá el reto más difícil de los últimos años y, al tiempo, la oportunidad, única, para ser actor importante en el cambio de los actuales esquemas del desarrollo mundial.²⁵

Repensada la política energética del país —una política que contemplara, incluso, la suspensión de las ventas— ésta podría ensanchar los márgenes de negociación que augurasen a México mejores derroteros.

Nada cercanas a este planteamiento, las nuevas directrices petroleras trazadas hace poco por el actual director de Pemex, Mario Ramón Betea, tienen como propósito vender el hidrocarburo a como dé lugar, “al precio que el comprador admita”. De ahora en adelante, ha dicho el funcionario, México deberá apegarse a las condiciones esgrimidas por quienes nos compran el crudo, ajustándose a los vaivenes del mercado mundial.²⁶

Pasado el furor que suponía los cálculos alegres de que con petróleo era posible pagar cualquier cosa, México es hoy un país estancado económicamente, en el que el cierre de empresas es asunto cotidiano, donde ya nadie habla del fondo nacional para el empleo que pensaba crear-

²⁴ Ver Gerardo M. Bueno, “¿Declarar la moratoria?”. En *Vuelta*, No. 114, México, mayo de 1986, pp. 59-62.

²⁵ Víctor Avilés. “No hay lugar para el optimismo. . .” *Op. Cit.*

²⁶ Ver *UnomásUno*, México, 4 de abril de 1986.

se con los excedentes petroleros; en el que el precio de la gasolina aumenta periódicamente para el consumidor interno y en el que, en síntesis, la política en este rubro puesta en práctica ha propiciado que Pemex se encamine hacia un laberinto sin salidas inmediatas. Por lo pronto, la contradicción prevalece: se abaratan los precios del petróleo en tanto los costos de extracción se elevan.

Subordinadas de hecho a los dictámenes imperialistas, las determinaciones recién asumidas por la administración de Pemex vienen a reafirmar el estado de postración en que el país se encuentra, el antinacionalismo de una política energética que entrega, junto con la factura por el petróleo, parte sustancial de nuestra soberanía...

Cuadro 1
Reservas probadas
(En millones de barriles)

1970	5 568
1975	6 638
1976	11 160
1977	14 600
1978	40 194
1979	45 803
1980	67 830
1981	72 000

Fuente: *México en cifras* 1970-1980, Banamex, 1981, *Examen de la situación económica*, febrero de 1982; Jaime Corredor, "Petróleo en México", Comercio Exterior, Nov. de 1981 e *informe presidencial* 1981. Como puede verse, las que proporciona Serrano son cifras cerradas, en tanto que aquí, por ejemplo, se registran en 1976, 160 mil barriles más y, en 1979, cinco millones 803 mil barriles.

Cuadro 2
Exportación de petróleo crudo
(miles de barriles/día)

1970	—
1975	94
1976	94
1977	202
1978	365
1979	533
1980	823
1981	1094

Fuente: Luis Angeles. "La política petrolera en México. 1976-1982". En *Cuadernos Políticos*, No. 32, México, Ed. Era, abril-junio de 1982, p. 54.

Cuadro 3
Producción anual de petróleo
(miles de barriles/día)

<i>año</i>	<i>producción</i>
1970	486
1971	486
1972	515
1973	525
1974	653
1975	806
1976	894
1977	1086
1978	1330
1979	1618
1980	1940
1981	2312

Fuente: Departamento de Estado de los Estados Unidos de América, "Estudio preparatorio al diálogo Norte-Sur", Washington, D.C., 1981, P.S. La cifra correspondiente a 1981 está tomada de: Luis Angeles, "La política petrolera en México 1976-1982". En *Cuadernos Políticos*, No. 32, México, Ed. Era, abril-junio 1982.